

*La Biblia me llegó a las pocas semanas de haberla perdido. Inicié entonces su lectura sistematizada. Cada día me marcaba un número de páginas como objetivo y llegaba a leer un promedio de siete u ocho horas diarias. Al cabo de un mes ya la había terminado, algo que consideré un gran logro. Era como haber realizado un viaje exótico, de esos que se hacen sólo una vez en la vida.*

*Más tarde me quedé sin mi ejemplar de la Biblia - la perdí una vez que tuvimos que abandonar a toda prisa el campamento y dejé atrás mis escasas pertenencias -. Luego sólo tuve a mano un Nuevo Testamento que me regaló uno de los militares con los que coincidí en cautiverio. Lo cuidé hasta el día de mi liberación como el bien más preciado; incluso le preparé un estuche de tela para protegerlo y le puse como cubierta una pasta con crema de dientes para repeler las hormigas y los insectos.*

*Disfrutaba sobre todo con las parábolas, quizás porque desde niña me habían enfatizado mucho su importancia. Hubo tres que tuvieron especial relevancia para mí durante el secuestro: La de los talentos; la de la Oveja perdida; y de las bodas de Canaán.*

*Más allá de la lectura de la Biblia y del rezo del rosario, también oraba con mucha devoción, convencida de que más allá, en las alturas o en la inmensidad de la selva, el Todopoderoso me estaba escuchando.*

¡Eres el grupo 1! Cuando finalices la lectura reclama las pegatinas de *El mundo de nuestros amores*, ¡te servirán después!